

CERIANI CERNADAS, César. *Nuestros hermanos lamanitas. Indios y fronteras en la imaginación mormona*, Buenos Aires, Biblos, 2008, 285 pp.

Diego Villar
Conicet, Argentina

Este libro analiza el proceso de absorción de la religión mormona entre los tobas takshik, que habitan al Este de la provincia de Formosa en localidades como Clorinda, La Primavera o Misión Taacaglé. Sin limitarse a una etnografía del mormonismo toba, la obra procura desmontar los mecanismos ideológicos que vertebran la imaginación cultural mormona tanto indígena como criolla. Para ello despliega una breve historia del mormonismo desde su fundación en los Estados Unidos, bajo el liderazgo del profeta Joseph Smith (1805-1844), hasta sus prolongaciones más escabrosas, como el estigma que rodea a la sociedad secreta de los Danitas, implacables “ángeles de la muerte” que asolan los suburbios de Londres en *A Study in Scarlet*. El objetivo específico del libro consiste en desmontar un ícono recurrente de la cosmovisión mormona: los lamanitas. Según *El libro del mormón*, el anal ortodoxo de historia universal, el continente americano fue colonizado por dos corrientes de migrantes israelitas, los nefitas y los lamanitas, idólatras degenerados que apostatan y aniquilan a los primeros; en estos herederos directos aunque malditos de las tribus de Israel, precisamente, la imaginación mormona identifica a los antepasados de los indígenas americanos. A partir de esta etiología, Ceriani rastrea los significados variables de la categoría en las perspectivas recíprocas de criollos e indígenas chaqueños, que modelan una concepción de la antigüedad bizarra que in-

cluye dinosaurios, migraciones inconcebibles, tesoros escondidos, crímenes sangrientos y hasta sospechas de canibalismo.

Para seguir los avatares del mormonismo en el Gran Chaco, el libro narra el origen de la Misión Evangélica Emmanuel, fundada en 1937 por John Church (o “Juan Chur” según los tobas). El asentamiento se transforma en un punto estratégico de coagulación demográfica para las bandas que nomadizan por el oriente formoseño: atraídos por las noticias de la buena disposición, la tecnología y las riquezas de los gringos más que por un presunto afán de conversión teológica, los tobas gravitan velozmente hacia las misiones mormonas. Pero poco tiempo después revelan su célebre inconstancia cuando participan del movimiento milenarista conformado en torno del llamado “Dios Luciano” (1940-1950), interpretado por los mormones como una rebelde supervivencia pagana. Ceriani procura desentrañar los procesos de cambio y continuidad entre la jefatura guerrera, la autoridad carismática, tradicional o cristiana, y aquello que la inefable Branislava Susnik denominó liderazgo “transaccional”, mediador entre los mundos de indígenas y criollos. Analizando en casos particulares las crisis existenciales que motivan la adopción del culto (alcoholismo, violencia, adulterio, enfermedad), así como también las ideas recurrentes en la retórica mormona de la individualidad, el progreso personal o la superación personal, describe la misma “exégesis pragmática y secularizante” que Edgardo Cordeu había encontrado entre los tobas de Bartolomé de las Casas: la adopción del cristianismo como herramienta privilegiada de socialización en el mundo *doqshi*, una superación progresiva de los prejuicios que la sociedad nacional acuña respecto de los indígenas chaqueños: ignorantes, vagos, sucios, borrachos etc.

La obra procura en todo momento describir un mormonismo rasgado por tensiones y fisuras que configuran un campo abierto, altamente dinámico, en el cual se evidencian los procesos de mixtura, combina-

ción y permutación de imágenes. Las concepciones de los mormones criollos y tobas son indisolubles: las riquezas fabulosas de los gringos se traducen en la extendida creencia en los “tapados”, fantásticos tesoros ocultos que pueblan el folklore regional. El hilo rector del libro consiste en demostrar desde diferentes ángulos la complejidad de estas religiosidades contemporáneas. Por ejemplo, describe las armonías y fricciones entre diferentes cultos que compiten por las mismas clientelas, perceptibles en la suspicacia mormona ante los misioneros menonitas, cuya destreza lingüística los transforma en asistentes ideales de los tobas en trámites legales y burocráticos; o el resquemor respecto de las iglesias evangélicas, en las cuales los austeros mormones critican una desmesura del éxtasis emocional. Este mismo factor, a su vez, guarda relación con la influencia de la proximidad relativa a los pueblos criollos: mientras que los indígenas más independientes prefieren una religiosidad más sentimental, corporal, extática, los más inmersos en el mundo criollo parecen inclinarse progresivamente hacia una racionalidad moralizante, plasmada en la prédica a través de la palabra. En este sentido, resulta fascinante la percepción toba de la categoría “católico” como designación genérica, residual, negativa, que identifica a los paisanos que fuman, toman alcohol y sólo se relacionan con los mormones en actividades deportivas, festivas o sociales.

Hay algunas cuestiones apenas sugeridas, que hubiera sido interesante profundizar: una es el nexo simbólico entre la sacralidad del mormonismo toba y la oposición caliente/frío, esbozada tímidamente en la discusión del papel del mate en la sociabilidad cotidiana (p. 163); otra la fascinación toba por el servicio militar, en el cual los indígenas, lejos de subrayar los rigores de una disciplina forzada, reconocen una capacidad inusitada de socialización y extensión de sus relaciones sociales (pp. 94-98).

Podrían discutirse, naturalmente, algunos matices exegéticos. Cuando examina las ambivalencias implícitas en las representaciones mormonas el libro sugiere que el “vampirismo” puede llegar a constituir un auténtico género narrativo entre los tobas. Ceriani describe vívidamente la circulación de chismes, rumores y habladurías acerca de la Reina Moronia, un ser seductor pero monstruoso que se alimenta con la sangre de las jóvenes vírgenes, y explica esta fascinación macabra a la manera de Gluckman, Pitt-Rivers o Turner, asociando estas imágenes con chivos expiatorios, cismas religiosos, disputas de legitimidad política o competencias entre cultos. Propone también, al estilo de las metáforas de alienación colonial de Michael Taussig, incluir a la reina caníbal en un conjunto más amplio de representaciones que incluye a seres como el *pishtaco* andino o el “familiar” chaqueño. Ceriani caracteriza su investigación como un cruce entre tres variables: religión, frontera y expansión colonial. De hecho, “colonial” es el epíteto más recurrente en la argumentación: los lamanitas son una “categoría neocolonial”, una “narrativa colonial de frontera”, una “mitopraxis colonial”, una “metáfora de alienación colonial” etc. Sin negar esta interpretación, parece posible ampliar el espectro comparativo: si pensamos en imágenes similares como el “saca-caras” de los piros o el inca mezquino de los panos; en el mito chiriguano del reparto de armas, que cifra la desigualdad tecnológica entre indios y blancos en una torpe elección de las armas de madera en vez de las de hierro por parte del antepasado indígena; o incluso en fenómenos de actualidad como la trata internacional de niños, la “fuga de cerebros” a los países centrales o la ubicua creencia de que los antropólogos se hacen millonarios con patentes de plantas medicinales, fotografías etnográficas o colecciones de mitos, es tentador pensar en un universo de representaciones abigarrado pero coherente, caracterizado por aquello que Louis Dumont llamó complementariedad asimétrica. En diversos registros, este fondo común manifiesta una misma

estructura formal de relaciones, en la cual el poderoso es decadente, o al menos incompleto, y por tanto necesita imperiosamente la reserva dinámica, la vitalidad del inferior explotado – en otras palabras, se trata de la contrapartida ambivalente, terrible de la *ouverture à l'autre* que Lévi-Strauss detecta en la raíz de las cosmologías amerindias. Los mejores estudios sobre figuras ambiguas como el *pishtaco* o el inca amazónico suelen demostrar que el juego de asimetrías entre “indios” y “blancos” – si es que acaso puede formularse en términos tan simples – suele entroncarse en oposiciones preexistentes entre diferentes sociedades indígenas como incas y chunchos, chiriguano y chané, caduveo y chamacoco etc. Este tipo de fenómenos, en suma, obliga a preguntarse si la historia indígena comienza con la llegada de los españoles, y por ende si es pertinente hablar de “metáforas de alienación colonial” en lugar del juego de mutaciones simbólicas propio de las representaciones de la dominación en general: imágenes niveladas, complejas, polisémicas, en las cuales el colonial es uno más de los tantos registros posibles.

En el clásico dilema antropológico entre estructura e historia, el libro opta resueltamente por la segunda. Quien busque una etnografía “clásica” de la religiosidad toba se verá desilusionado: desde el mismo subtítulo (“Indios y fronteras en la imaginación mormona”) Ceriani propone explícitamente una deconstrucción del imaginario sobre los lamanitas a partir del punto de vista de los creyentes indígenas y criollos – de hecho, hay muchas más páginas dedicadas a la historia crítica del mormonismo que a la etnografía chaqueña. Cuando la argumentación requiere el esclarecimiento de conceptos claves para la cosmología toba, como *jaq'a*, *piguem* o *haloik*, Ceriani no duda en apelar a la obra de lingüistas y etnógrafos especializados; seguramente por eso, también, su metodología privilegia estrategias como la crítica textual, la microhistoria o la historia de vida por sobre la tradicional observación participante.

Algún error de forma (“Estadounidnese” en la p. 11) o de contenido (los tobas son caracterizados como “patrilineales” en la p. 13) no impide que *Nuestros hermanos lamanitas...* sea una obra recomendable para los especialistas en el Chaco y también para los estudiosos de la religiosidad en general, que analiza ecuánimemente las lógicas regionales del mormonismo sin caer en la crítica descarnada ni en la candidez de la apología; un libro ameno, de lectura agradable, profundamente argentino, con títulos como “De las montañas Rocallosas al país del mate y la milonga” (p. 19) y explicaciones de la lógica mormona que deben tanto a Max Weber como a Sarmiento y Paul Groussac.